

No hay obra ni vida perdida y no lo será la suya. Aquel cerebro será pronto polvo, pero la acción de su inteligencia vivirá siempre, como su alma. Aun cuando llegara Bilbao á olvidarle, llevaría en su seno el fruto de su labor.

Su nombre y su recuerdo vivirán mientras vivamos los que le hemos querido, y no morirán conmigo, porque sabré trasmítirlo á los que ya no podrán conocer al pobre Julio.

Yo, que esperaba ir por el verano á nuestra villa querida, hablarle de esta ciudad, recordarle como aquí le recordará, avivar sus memorias y recogerlas, yo, que esperaba que fuese este un nuevo lazo entre los dos! A lo mejor de su vida y cuando yo más le quería me lo lleva el Señor. Ahora, que pasado el período de lucha, él en su lugar y yo en el mio, empezábamos á descubrirnos el alma y estrechar la union de ellas que nació en los dias de batalla, ahora que tanto esperaba yo de él para nosotros sus amigos y para nuestro querido pueblo, el Bilbao de nuestros corazones, ahora... no puedo más.

Debemos, los que quedamos, continuar su obra mientras nos dé Dios vida, y no confiar en esta mucho. Solo El sabe lo que pasa por mi alma al ver que se ha llevado á Julio, tan joven y tan sano hace poco, como yo ahora. No puedo contar ni con el día de mañana.

El cariño que yo le profesaba iba, como sentimiento humano, mezclado de algo de espíritu de rivalidad, que se derrite con las lágrimas que me cuesta su muerte. Es esta la purificadora de los corazones.

Le quería yo de veras, pero me engañaba á mi mismo respecto á este cariño que no he conocido hasta ahora en su profundidad y en su vida toda. La muerte es la gran reveladora de nuestros sentimientos.

No hace tanto tiempo que murió, bien trágicamente por cierto, el pobre Orueta, tan amigo del pobre Julio como mio; hace poco ha muerto en la América, lejos de los que más le queríamos, otro de mis amigos verdaderos, Julian Riveras, y ahora se me muere Julio.

Estas lecciones que al pronto arrancan llanto, deben servir de purificación á nuestro espíritu y de aliento á nuestro trabajo.

¿Quién sabe si es verdad aquel pergamino de Menandro: muere joven aquel á quien los dioses quieren!

El dolor de la muerte del amigo del alma me sugiere pensamientos de seriedad triste, pero... su madre, su pobre madre!

Algún consuelo le será Adolfo, tan noble como su perdido hermano.

Basta ya.

¡Descanse Julio en la paz de Dios!

El nos la conceda algún día.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 19 de Diciembre 1891.

EL NERVION

Lunes 4 Enero de 1892 —Número 303

Lunes 11 Enero de 1892 —Número 310

Lunes 18 Enero de 1892 —Número 317

Suplementos literarios

Chimbos y chimberos

I

Dejaron el escritorio el sábado al anochecer, como llovía un poco se refugiaron en la Plaza Nueva donde dieron la mar de vueltas comentando el estado del tiempo próximo futuro. Al separarse dijo Michel á Pachi:

—Mañana á las seis en el *simontorio*, eh?

—En el *sementerio*? bueno!

—Sin falta!

El otro dió una cabezada como quien quiere decir sí, y se fué.

—Reconcho, qué noche! Enfiló al cielo la vista, así así, soplabá noroeste ¡maldito viento gallego! el cielo gris destilaba *sirimiri* con aire aburrido, pasaban nubarrones también como aburridos, pero... ¡cuál las golondrinas iban muy altas... Se frotó las manos diciéndose: «esto no vale nada.»

Subió de dos en dos las escaleras y á la criada que le abrió le dijo:

—Nicanora! mañana ya sabes!

—Pa las cinco?

A eso de las diez se levantó de la mesa, fué al balcon, miró al cielo y al fraile y se acostó. El demonio dormía.

Revoloteaba por la alcoba un moscardon zumbando á trás y mejor. Michel sintió tentaciones de levantarse, apostarse en un rincón y cuando pasara ¡pum! descarrarle un tiro á quemarropa... A las seis en el cementerio de Santiago, había que levantarse, lavarse, vestirse, revisar la escopeta ya limpia, tomar chocolate, oír misa de cinco y media en Santiago, ¡pues no son pocas cosas! lo menos había que levantarse á las cinco, no! mejor á las cuatro y media. Estuvo por levantarse é ir á dar la nueva orden al cuarto de la criada, saco un brazo, sintió el fresco y se arrepintió, dió media vuelta y cerró los ojos con furia, empezando á contar uno, dos, tres, etc.... maldito moscon! qué perdigonada se le podía meter en el cuerpo, ¡qué mosconada bajo la parra!

El moscon empezó á crecer hasta llegar tamaño como el chimbo, acudieron otros más y se llenó el cuarto de moscones chimbos. Él se acurrucó en ¡un rinconcito, bajo una parra, y tiro vá tiro viene á cada tiro derribaba un moscon chimbo que caía desplomado en la cama convertida en gran cazuela y donde al punto quedaba frito... luego pasaron volando merluzas, lenguas, sarbos, chipirones... Oyó que uno de sus compañeros gritaba á lo lejos «las dos y nublado!» luego la misma voz más lejos, mucho más lejos, enseguida... cayó él mismo en la cazuela y se despertó en la cama. Oyó despierto las tres, volvió á dormirse y volvió á despertar ¡arriba! Fué al balcon en calzoneillos... empezaba á clarear... algunas nubes, todo ello era la



bruma de la mañana porque el fraile tenía medio descubierta la calva, abrió un poco el balcon y sacó la mano... Se lavó y vistió el traje viejo, botas de correas y bufanda, sacó la brujaca y salió del cuarto.

Nicanora en la cama! Estaba acostumbrada á esperar que el señorito se levantara antes de la hora de llamada.

Pachi llamó á su puerta:

—El chocolate, mujer de Dios!

Al rato salió Nicanora diciendo como diria un cómico «donde estoy?»

—En todavia...!

Mi hombre se abrasó el paladar con el chocolate, se echó al hombro la vieja escopeta de piston y á la calle. Su madre le gritaba desde el cuarto:

—Luego con cuidao... eh?

Empezó á recorrer como alma en pena las calles desiertas hasta que dieron las cinco y media. Vió algunos perros, al churrero melancólico y á los serenos que se retiraban. En la puerta de San Juan algunas viejas acurrucaditas esperaban á Lucas

Llegó al *simontorio* y al toque de las cinco y media entró en la iglesia, fria como bodega, llena de criadas y hombres de boina.

Poco antes del alzar entró Michel.

—Esta misa no te sirve!

—Otro dia oiré el pedazo que me falta!

Michel llevaba su escopeta cargada con apretado perdigon mostaella, y un perrito chimbero, color castaño, lanudo de hocico fino, por nombre Napoleon.

Estos chimberos dormilones son de la decadencia. En la edad de oro el hoy rústico chimbero se componia de un perrillo como el de Michel, una escopeta de piston y un chimbo debajo de un alto sombrero de paja ahumado, forrado con una levita de pana, con polainas de paño y cargado de burjaca, cartuchero, capuzonero, polvorinero colgante de un cordon verde, mil cachivaches más y su zurroneillo con la gallofa de pan y merluza frita ú otra golosina así. De misa de cuatro y media *ande* Rosendo á embaularse café con su copita de chilibrán.

Hacia tiempo que estaba cantando su alegre nip, nipi! el chindor de collar anaranjado, el amante del sol que le saluda cuando al romper el día deja sus sábanas de bruma y le dá las buenas noches cuando se acuesta entre purpurinas nubes. Eran las seis y cuarto.

¡Qué agradable es recorrer la villa cuando ilumina el sol los tejados y escapa de él el fresco por las calles! Era Setiembre, mes de los chimbos.

—Mira, mira *cu* anta *eperdicara!*

Eran las fregonas con su delantal blanco y su mantilla negra que salian en bandadas y se dispersaban escoltadas. Algunas venian de oír misa por el campo ¡judias! En el Arenal era todo un paseo.

—Adios, salada!

—Adios, salerosa!

No podían, ¡ay! detenerse; el chimbo les esperaba cantando en su higuera himnos al sol recién nacido.

Cruzaron con un Chinél y empezaron á trepar como garrapos por la estrada del Tivoli. Cruzaban á ratos con aldeanas que llevaban sobre la cabeza la cesta cubierta con el trapo blanco y sobre este le cestita de la vendeja.

—No sabes tú algo de vascuence...

—Sí, vascuense de Artecalle...!

—Diles algo, échales una flor....

—Eh... su... nescas... gurusu... gurusu...

—No soy nescas; nescas en Bilbao viejas tenes...

—Te ha chafa! no sabes que hay que llamarlas *nescatillas*.

Michel quedó corrido y juró en su corazon vengarse del descalabro. Llegaron sudando á la cima de la cordillera.

Entonces pasaba un aldeano.

—Anda, Pachi, preguntale por donde se baja á Izarza...

—No sabes ó qué...?

—Preguntale, verás que chirenel!

Tomó el inocenton las más suaves inflexiones de su voz para decirle:

—Diga V., buer hombre, hará el favor de decirme por donde se baja á Izarza.

El aldeano se encogió de hombros, sonrió y siguió su camino sin contestar palabra.

—Ves, ves como no te las arreglas con el jebó... miral aquí viene otro... eh, tú! di, por donde peñeta se vá á Izarza!

—Por aquí, señor! contestó señalando al camino.

Y Michel volviéndose á Pachi:

—Ves, hombre, ves... aldeano de los alrededores de Bilbao? jebó sivilisao... tiene más... más... más qué sé yo que un gorrion.

Y el hombre alijeró el paso con la satisfacción de la venganza. Habia tomado la revancha por lo de las *nescas*, ¡cuántas vueltas y revueltas tiene el laberinto del corazon humano!

Entraban en tierra aldeana. Michel habia calumniado al *jebó sivilisao*, como él decia, al aldeano urbanizado. Cierito es que como gato escaldado huye del agua fria, pero si ve blanca se apacigua y entra en razon.

Se detuvieron en una de las casas de la cima á echar una espuelita de aguardiente bala rasa. Corria un fresco de mil demonios.

Pachi con las manos en los bolsillos, lagrimeando los ojos *pistojillos* y colgando el *disderrri* de la nariz, tapadas boca y orejas por la bufanda, miraba á lo que tenia delante por entre la tenue neblina de su propio aliento. De vez en cuando por no sacar las manos sorbia....

Bilbao, ensartado en el Nervion, se acurrucaba en aquella hondonada, cubierto en el edredon de la niebla, humeando á trechos y ocultándose en parte trás el recodo del campo-santo. La luz de la mañana hacia brillar el verde de los campos de Albia tendidos al pié de Arraiz. Apoyándose sobre las pardas peñas de San Roque contemplaba á la villa el pelado Pagasarri y sobre sus anchas escapaldas asomaba la cresta Ganecogorta el gigante. Parecian tias que contemplaban al recien nacido sobrino Arraiz, Arnótegui con los brazos abiertos, y santa Agueda de famosa romeria. A Pachi la ternura pátria le hacia bailotear los ojillos... aquello era su Bilbao, su *bochito*, lo mejor del mundo, el nido de los chimbos, la taza de plata, el pueblo más trabajador y más alegre!

(Continuará)

MIGUEL DE UNAMUNO.

Chimbos y chimberos

(Continuacion)

El Nervion, ría y no río ¡ojó! culeabreaba á todo lo largo de la vega de Olaveaga; más lejos parecia á ratos bosque de jarcia, luego las altas chimeneas del Desierto, cuyo humo se mezclaba á los pesados nubarrones que venian de hacia las recortadas vinas de vena roja. Se abria la ría, no río ¡ojó! en el abra; Scrantes el puntiaño, reproducido en el Montañón, se miraba en el mar, allí las Arenas como nacimiento de carton y volviendo á la derecha.—Pachi se volvió— el valle de Asua, la inmensa calma de



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
SIGUE...
CINCO SIGLOS

Chimbos y chimberos

(Conclusion)

—Sí, ya me está haciendo *quili quili*.

—Pues vamos *cansia* la perchera. ¿Cuántos has matao tú?

—Verás; ahora sacaré del *colco*...

Y le enseñó el hormiguero, lo que aumentó el mal humor del otro, y fué tanto que al ver un *clincón* que les miraba con sus ojazos clavados en el cabezon, le apuntó y le cosió á perdigones diciendo:—Un favor á los jebos! Así pagan en el mundo los pecadores por los justos!

Desembocaron al camino real. Volvian de misa las aldeanas con la mantilla en la mano. Quiso Pachi hacer una fiesta á una que pasaba, de carota de pastel, pero se encontró con un moquete que le puso el hocico más rojo que el que lleva el tintinábulo en la procesion del Corpus, mientras oía:

—Qué se cree V.!

—Anda, anda con la *nescatilla*!

Los ancianos saludaban dando los buenos dias; los jóvenes se van civilizando á la inglesa.

El chorierrico ó aldeano de Asua es un buen pájaro del tamaño de un hombre, lleva las patas abigarradas de retazos azules, cresta azul y azul por lo general el cuerpo; trepa como un *garrapo* la cucaña, canta poco y siempre á tiempo, pido lluvia metido en fango, baja á Bilbao á picotear y llevarse pajitas para su nido y grano para los pollucos y por ser celeso de sobra de su derecho, queda á las veces desplumado por algun milano agachapado en el cédigo. Teme al chimbo bilbaino que se burla de él, le pisotea las sementeras, le manosea la hembra.

Llegaron á la taberna, que según el amo de ella otra mejor no hay en todo Vizcaya. Junto á ella el juego de bolos. Subieron por la cuadra á un caseron de aldea, de techo ahumado. Allí encontraron la flor y nata de la chimberia, Santi el silbante, llamado así por su exiguo cuerpecillo, el imponderable Chomin, Tripazabal, Juanito y Diomí. En resolucion, que habia merluza... y lo demás se arreglaría pronto.

Se acomodaron en un cuarto con una ventana sin cristales, con enorme cama en cuya cabecera no faltaba la indispensable agua-bendicta sobre un retazo de pared empapelado; una mesa ancha y dos largos bancos.

Santi antes de sentarse sacudió el banco á ver si estaba firme.

—Eres de la condision de la *epecha*, el pájaro más chirripito y cacarru, que nunca se pone en una rama sin sacudir pa ver si le sostiene...

—Cállat'ahí... enterao estás! con que el más chirripito? ch? el más chirripito? y dónde dejas al chí y al tarín...

—Bah! ya remaneció tu siensia...

Cada cual sacó de su burjaca el botín de campaña.

Allí toda la numerosa clase de los vivarachos chimbos, de mora, hermanos del ruiseñor; centientos chimbos de higuera, de cabecita fina, ancas azuladas y mantecosa pancilla; reijos chimbos de maizal; algun raro chimbo de cabeza negra, enteco como el silbante; otros cenicientos de cola roja, mosqueros; coliblanco rechonchos y plumosos, y entre todos, luciendo su aristocrática supremacia, el pintado hormiguero de Pachi.

—Míate, míate, como buebos!

—A ver... deja hombre que les atoque tan siquiera.

—No oyes que como buebos!

—Un tordo!

El tordo es como la malviz, el ideal del chimbero. Pues qué? se sostendria sin ideal la chimberia?

—No me ha amolao poco, lo que monos tres veces le he apuntao y él se guillaba disiendo cho cho cho, que en yascuense quiere decir: chafarsel!

Tambien salió un martinete pintado, con el color apagado ya.

Empezaron á desplumar los pajaritos, que quedaban desnudos, blancos, con la redonda cabecita colgada del delgado cuello, entornados los diminutos párpados.

—Pobres pajaritos... inusentos!

Hay ternura en el corazon del chimbero, que una cosa es la lucha por el ideal y otra el corazon, y sobre todo ¿para quién hizo Dios el mundo?

Llovia á jarros y esperaban su pitanza los chimberos chimbos. Chimbos nos llaman á los bilbainos y lo somos, silbantes unos, coli-rojos otros, otros coli-blancos, de zarzal, y hasta hormigueros. El chimbo bilbaino pia y picotea y procura echar *mantecasas* bajo el pulmon. Tiene su nido en el *bacho*; canta siempre y busca para él pajitas y aparta grano. Aire y libertad

y alas para volar! Aquellos mismos chimberos chimbos un año más tarde respondian con alegre pio pio, con canciones frescas y chillonas al estampido de la grande escopeta de los chimberos jebos.

Seguia lloviendo á jarros. Los hombres se impacientaban, daban patadas al suelo, uno andaba por la ahumada cocina haciendo fiestas á la criada.

El cuarto vecino tenia entornada pudorosamente la puerta. Era el ayuntamiento que celebraba sesion con comilona.

En estas y las otras se anunció la comida. Santi, devoto conservador de las tradiciones chimberiles se quitó el sombrero y se ciñó á la cabeza el pañuelo según era uso y costumbre en los heroicos tiempos de la chimberia.

Espárragos riquísimos, una cazuela con patatas y bazofia, carne llena de gordo y piltrafas, pollo en salsa y merluza nadando en un mar de aceite.

Se daban todos tal prisa en comer, que el buen Pachi tuvo que coger un mendrugo y clavarlo en el cazolon, exclamando con voz solemne: ¡Mojón!

Santa palabra. Dejaron todos sus tenedores, y él:

—Dejemeis mascar tan siquiera, dejemeis mascar.

Llegaron los chimbos tan gustosos para roer, negritos ya, y los chimberos se chupaban los dedos.

Se armo la gran discusion á cuenta de si el rito de la limonada pide sarbitos ó merlusa en salsa, luego se discutió si es ó no de trampa el pantalón del torero, luego la diferencia que hay entre chanela y chalupa. A todo esto Tripazabal metia más bulla que un picharchar y todo para nada.

Rodando la conversacion se vino á dar en el melancólico tema del cómo pasan los años, oh Póstumo! oh tómpora ó mores!

Santi el silbante era romántico hasta dejarlo de sobra, se echó sobre el camon y mirando al techo endilgó esta elegia:

—Ahora. ¿Ahora? Estos de ahora no sirven pa nada... Nosotros si que te haríamos arloterías entonces! Ahora son todos unos sen-



20
 40
 4-43
 La aldea, Chorierni, tierra de pájaros, la tierra de promisión, el campo de los chimbos y los chimberos. En él, Sondica, Lujua, Erandio, Zamudio y Derio, cinco pueblecitos como cinco polladas con sus cinco iglesias como cinco gallinas, picoteando en su valle de verdura eterna.

El fresco ó la emoción humedecían los ojos á Pachi:

—Suisa, hombre, Suisa...

—Donde has visto tú Suisa, arlote!

—Por los santos, hombre, por los santos...

—Pero qué, no piensas casar ni comer.

A esta palabra mágica se volvió enternecido y sorbiendo los mocos. Empezaron á buscar aventuras. Bajaban por una calzada llena de baches y pedrusco, verdadero calvario.

Sabían á la puerta de los caseríos los mastines á ladrarles, como desesperados, cuando no acababan por olfatear á Napoleón bajo el rabo. Michel se impacientaba, tenía tanta ojeriza al perro aldeano como á su amo, les tiraba piedras.

—Para quieto, hombre! Aquí llevo unos curuscus de gallofa y algunos de fote, verás, ves, ves!

—Sí, fiate, á mí uno una ves me echó un tarisco...

—¡Qué! Porque eres un memelo... y te quedarías apaparturi; ladran de hambre, nada más que hambre... que te tiran del pantalón, es pa que les hagas caso...

—Calle, no has oído!

—No! pues?

—Cállate!

Se oyó el alegre pio pio de un chimbo. Primera aventura de verdad. Vieron luego al pajarillo salir del suelo y con vuelo cortado y bajo volver á ocultarse entre terrones...

—Mide, mide, allí, allí, no le ves.

—Sch schschut... calla!

Michel se adelantó á pasos lentos, agachándose y con la escopeta en ristre... se la echó á la cara... huyó el chimbo levantó el vuelo y se fué hacia Pachi. Antes de poder decir amén en su lengua el pajarito, se oyó el tiro.

—Ya caído!

Empezaron á registrar entre terrones. Napoleón hozaba por aquí y allí y todo en vano, ni rastro...

—No te digo yo... no te digo... se abre la tierra y les traga... tiene razón Chomin, si traerian los toros de Agosto por aquí no llegaban á Bilbao... no te...

Pi, pi, pio! Pero no consiguieron ver al animalito.

—Cuando me te tanta bulla será algún chimbo silbante!

—Sí, están verdes!

—Lo que es si vuelve atrás!

El buen chimbero desprecia al raquíico y negrucho silbante, el más pequeñín y flaco, el más bullanguero y saltarín...

—Vaya con el chirripito... reuses de pájaro na más...

Entonces se separaron y tiró cada cual por su lado. Este es el encanto de la caza al chimbo. El chimbo chimbero es la encarnación mil trece del espíritu potente y ferozmente individualista de nuestro pueblo, falto de grandes hombres y ahito de grandes hechos, donde es todo anónimo y todo vigoroso, donde cada cual con santa independencia y terquedad admirable atiende á su juego y se reúnen todos sólo para comer y cantar. No de bullangueras asambleas, sino del lento trabajo del choque de intereses, y de la larga experiencia brotaron como flor colectiva del espíritu individualista, aquellas admirables oraciones que han dado la vuelta al mundo!

A ratos lloviznaba. Michel, que caminaba entre abrojos, oyó cantar al *chindor*, amigo del hombre, que canta á la caída de las hojas en el tardío otoño. Le perdonó la vida, ¡qué viva y cante! ¡Oh magnanimidad chimberil!

Llegó á orillas de un arroyo que culebreaba entre mimbres y juncos, que le cubrían como cortinillas de verdura; subía á las raíces una fresca de yerba húmeda que dilataba el pecho y abría el apetito. Pasó como una flecha un *prachaguja* y tras él, un pajarito de pecherita blanca, que iba, venía, gritaba, agitaba su cola recta como una dama su abanico, mojaba su piquito en el arroyo, jugaba con el agua, se iba á mirar en ella y al ver deformada su imagen por los rizos del agua, le entraba la risa y echaba á volar riendo en vivo pio, pio. Sonó el tiro y aleteando un poco, cayó la pobre *operdica* en el agua. que envolviéndola fué á dejarla entze unos juncos.

II.

Entre tanto, el inconmensurable Pachi sin perro ni cosa que lo valga, seguía su caza. Al pasar por un sembrado oyó una voz que le gritaba: —Eh tál ándate con cuidao luego.

«Este será carlista, de seguro, pensó, alguno de los de Airigorriaga,—la cacería que cuento fué en Setiembre del 72—carlista de seguro! Claro está! Un aldeano liberal no se cuida jamás de sus sembrados, y estos regañones que miran al bilbaino de reajo, carlistas, carlistas de seguro!

Salió entonces á un claro y profiriendo un ahl quedó mi hombre absorto y como en arrobó chimberil. En el suelo había un pájaro que con una lengua, larguísima como una trompa, fuera del pico, esperaba á que se llenara de hormigas para engullírselas. El corazón le picoteaba el pecho á Pachi... apunto con todo ojo y rodó por el suelo el animalito. Mi hombre se le acercó y antes de cogerlo se le quedó admirando un rato, era un chimbo horniguero, el pintado y aristocrático chimbo horniguero, de larga lengua, el que figura en una de nuestras canciones clásicas.

Pachi le cogió, le abrió el piquillo y le arrancó la larga y viscosa lengua, operación que jamás olvida el buen chimbrero, pues nada hay peor que aquella lengua apestosa, capaz de podrir á todo el chimbo y á los que con él van en la cazuela.

La alegría le retorzaba en el cuerpo á Pachi, sopló al cuerpecillo, aún tibio, debajo de la cola, se separó el plumoncillo y dejó ver una carne amarillenta.

—Qué maminas! Qué gordito! Qué mantecasas!

Le desplumó la suave pelusilla del trasero y apareció este finísimo, amarillento, rechonchito, de piel tendida como parche de tamboril. Pachi se enterneció, miró á los lados y no pudo resistir al deseo de darle un mordisco en chancitas en aquellas mantecas. Se la guardó en la brujaca tarareando:—Aunque te escueñas—en el bujero—chimbo horniguero—tú caerás...

Perdonó la vida á una chinta que chillaba en un sembrado de patatas; gorriones, chontas, pardillos, pájaros de pico chato... ¡carne dura! ¡carne dura!

Mató aun algunos vulgares chimbos de higuera que picoteaban el higo y saltaban en las ramas con expresión cómica-trágica, imitando á los barítonos cuando hacen de traidores.

Vió á Michel á lo lejos.

—Eh, Michel ¿no te dise nada la tripa?

(Continuará)